

SUBJETIVIDADES MASCULINAS EN JÓVENES DE CLASES SUBALTERNAS URBANAS

Fernando Urrea Giraldo
Pedro Quintín Quílez¹

A partir del análisis del material recogido en una investigación sobre la construcción de masculinidad entre jóvenes negros de sectores populares de la ciudad de Cali², este artículo pone en juego varias esferas sociales que, desde hace tiempo, las ciencias sociales han tratado de amarrar: el sexo, el género, la clase social, la dimensión “étnico-racial” y la edad relacionada con el ciclo de vida de los grupos “jóvenes”. No es un problema tan nuevo, pues a raíz de las propuestas de los estudios de género de los años setenta surgieron entre los investigadores diferencias substanciales sobre el peso específico que habría que otorgar a cada uno de esos elementos en el análisis de la sociedad.

Por sexo entendemos los atributos biológicos clasificadores básicos (hombre/mujer) establecidos por una determinada sociedad (Héritier, 1996) y el género, como la relación social entre hombres y mujeres y entre cada una de las categorías a partir de la atribución de características masculinas o femeninas socialmente fabricados (Rubin, 1986). La clase social la pensamos a partir de la categoría de *habitus* desde dos perspectivas teóricas: como estilo de vida (Elias) construido a través del entorno socializador de los individuos en sus diferentes experiencias de vida y, en la perspectiva de Bourdieu, como espacio social de las diferencias y las jerarquías constituidas a partir del volumen global de los recursos poseídos en forma de capitales de distinto tipo (simbólico, económico, cultural, escolar, social, pero también el relacionado con aspectos como el honor) y desigualmente distribuidos a partir de un cruce entre esos diferentes capitales (Bourdieu, 1979, 1989, 2001; Cabin, 2002). Como punto de partida consideramos que a mayor o menor segregación residencial en las experiencias vividas se produce una mayor o menor percepción de diferencia entre grupos de pertenencia.

La dimensión “étnico-racial” remite al dispositivo colectivo de clasificación de una población según color de piel o fenotipo, nacionalidad u origen geográfico, grupo cultural, lingüístico o religioso, etc., y sus posibles combinaciones históricas. En las sociedades operan distinciones hacia adentro y hacia fuera a partir de la naturalización de las apariencias fenotípicas, a menudo asociadas a otros de los aspectos antes señalados, y que se usan para establecer jerarquías sociales o sistemas de dominación a partir de modelos de estigmatización (Ratcliffe, 1999; Sansone, 1994). Por último, la edad refiere a las distinciones y agrupaciones basadas en el ciclo de vida y que, en el capitalismo, ubica a los jóvenes (preadolescentes, adolescentes y adultos jóvenes) entre la infancia y la adultez.

^{1/} Sociólogo y antropólogo respectivamente, profesores del Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle. Hernán Darío Herrera, estudiante de sociología de la Universidad del Valle, colaboró en la selección del material empírico y en la revisión de textos.

^{2/} Remitimos al informe “Jóvenes negros de barriadas populares en Cali: entre masculinidades hegemónicas y marginales”, Cali, agosto del 2000, 291 páginas. La investigación contó con recursos de la Fundación Carlos Chagas, São Paulo (Brasil) y del Cidse-Universidad del Valle (Colombia).

En este artículo se intenta un acercamiento conceptual a los procesos que producen las masculinidades entre los jóvenes de los sectores populares urbanos³, analizados a partir de la categoría gramsciana *clases subalternas* (Williams, 1991: 407-423; o *clases dominadas* en términos de Bourdieu, 2001: 205-207), en condiciones de segregación residencial y de exclusión “étnico-racial”. Por otra parte, se trata de mostrar cómo en esas mismas clases se generan transformaciones y diferenciaciones internas en los modelos de masculinidad, incluso hasta el punto de ir en contravía de los estereotipos hegemónicos del “ser hombre”. De este modo, procedemos a relacionar las dimensiones analíticas antes enunciadas, pero colocando en cuestión los determinismos sociologistas y rescatando las trayectorias individuales para el análisis de la producción de unos sujetos que, si bien están constreñidos por un entramado contextual, se diferencian entre sí aún cuando pertenezcan a segmentos de población relativamente homogéneos socio-económicamente. El artículo explora la puesta en escena (en sentido goffmaniano) de subjetividades masculinas, pero entendidas en el proceso de producción de identidades móviles y plurales de género y orientación sexual.

Cali, con su área metropolitana, es, tras Bogotá y Medellín, la tercera región urbana de Colombia. Una tercera parte de sus 2,8 millones de personas, está compuesta por población *negra y mulata*: la mayor concentración urbana en el país de este grupo socio-racial (Urrea, Ramírez y Viáfara, 2001). Si bien no puede afirmarse estadísticamente que en Cali existan “ghettos raciales” al modo de lo observado en Estados Unidos, lo cierto es que, a nivel de análisis global de la ciudad, la lógica de distribución y concentración residencial de la población parece seguir una pauta de jerarquía racial, asociándose sistemáticamente los contextos urbanos más pobres con la población de color más oscuro (Barbary, Ramírez y Urrea, 2002; y especialmente Barbary, Dureau y Lulle, 2002). Según Barbary et al. (2002), se presenta una segregación socio-racial de la población negra en esta ciudad, lo que no puede decirse para el caso de las poblaciones blancas, mestizas e incluso mulatas; además, el patrón de segmentación del espacio coincide con el de la segregación de la población negra. Ello se aprecia por ejemplo en el dispositivo residencial del conjunto de los hogares afrocolombianos. Precisamente nuestro estudio se centró en el Distrito de Aguablanca y áreas aledañas (en especial, barrios Charco Azul y Sardi) donde hay mayor concentración de población negra en Cali. Son barrios en que más del 70% de sus hogares son afrocolombianos y el 60% de su población es negra; un 60% de la población masculina y 50% de la femenina es menor de 20 años y con tasas de masculinidad muy por encima del promedio de la ciudad.

Sin embargo, el artículo intenta hacer una reflexión analítica más allá de los resultados del estudio sobre masculinidades en Cali (Urrea y Quintín, op.cit.), para lo cual integra en la discusión otros estudios recientes para la misma ciudad relacionados con jóvenes en grupos de pares también de clases subalternas en barrios de Cali diferentes al del primer trabajo (Domínguez, 1999) y un segundo de paternidades en sectores populares en esta ciudad

³ / Se presentan sobre todo las percepciones de jóvenes varones de 10 y 24 años, aunque en la investigación siempre se buscó obtener la mirada de mujeres de esas mismas edades. Por ello no se pretende dar cuenta de la construcción de las feminidades, aunque por contraste se logran perfilar algunas de las imágenes femeninas presentes en entre los entrevistados.

(Maldonado, 2001); al igual que una revisión de trabajos sobre masculinidades entre jóvenes de distintas clases sociales en la sociedad peruana (Fuller, 1997 y 2001) y colombiana (Viveros y Cañón, 1997; Viveros, 2000 A y 2000B; Sevilla, 2000); de grupos de jóvenes de favelas en Rio de Janeiro (Zaluar, 1997; Souto, 1997; y Reyes Novaes, 1997); de barrios populares de Lima (Castro, 1999; Santos, 1999; y Espinoza, 1999) y de grupos informales de jóvenes en Francia de la periferia urbana estigmatizada (Dubet, 1987; Gendrot, 1994; Lagrange, 1995; Duret, 1996); así como una relectura de algunos de los estudios clásicos entre los años veinte y cuarenta sobre jóvenes en sectores “étnicos urbanos”, llevados a cabo por diversos representantes de la Escuela de Chicago⁴. Por otro lado, se incorporan algunos de los resultados de las escuelas francesa e inglesa sobre la familia que tienen que ver con las clases dominadas en la sociedad capitalista. Con ello, se pretende trazar un cuadro analítico aproximado de ciertas tendencias macro y micro sociológicas en las sociedades capitalistas respecto a los factores de contexto aquí considerados en la producción de las identidades masculinas en las clases subalternas.

Modelos de masculinidad y generalización del ‘amor romántico’

Los modelos de referencia masculinos y femeninos vinculados al orden familiar en sectores urbanos de diferentes clases sociales en una sociedad como la colombiana están cerca de la ideología del amor romántico (Shorter, 1977; Badinter, 1980 y 1986; Giddens, 1992; Segalen, 1993; Lipovetsky, 1997, trad., 1999; Chaumier, 2001, en de Singly, 2001). Esta ideología – construcción social de larga duración que instaura un patrón de dominación de lo masculino sobre lo femenino -, que se generaliza en Occidente desde el siglo XVIII, imponiéndose a lo largo del XIX y la primera mitad del XX (Macfarlane, 1993), habría acompañado los procesos de modernización de las sociedades latinoamericanas (para Perú, Fuller, 1997; para Colombia, Viveros y Cañón, 1997; y Viveros, 2000A y 2000B), pasando a formar parte del orden social familiar y extra-doméstico en todas las clases sociales.

Es preciso señalar que este modelo se entronca directamente con los sistemas de género que han funcionado en las sociedades mediterráneas, basadas en los conceptos de honor y ‘vergüenza’, tal y como ha sido descrito por Bourdieu (1998B), y que fue traído a América durante la colonización española (Gutiérrez de Pineda y Pineda Giraldo, 1999)⁵. Sin embargo, buena parte de las clasificaciones del género, la división sexual del trabajo y la diferenciación entre espacios doméstico y extra-doméstico, desarrollados en el amor romántico, han operado en muchas otras formas de organización social. Según Hérietier (1996: 24-25),

“en todas las sociedades humanas existe una valencia diferencial de los sexos como parte constitutiva del orden social que supone un producto conceptual orientado, siempre jerárquico, entre lo masculino y lo femenino, traducible en términos de pesos, de temporalidad (anterior/posterior) de valor (...). Así, este producto conceptual está, así parece, inscrito en la estructura profunda de lo social que es el

⁴ / cf. Thrasher (1963, 1927), Landesco (1979, 1929), Reckless (1969, 1933), Shaw (1966, 1930), Shaw y McKay (1969, 1942) y Whyte (1955, 1943).

⁵ / Al respecto, Santos (1999) presenta un análisis interesante de las relaciones entre “vergüenza” y masculinidad en los grupos de pares de clases dominadas (una pandilla) de la ciudad de Lima.

campo del parentesco. Las formas como él se traduce en las instituciones sociales y el funcionamiento de los diversos grupos humanos son variadas, pero es un hecho de observación general de la dominación social del principio masculino”.

Lo particular en el caso del amor romántico es el énfasis en la asociación madre-esposa vinculada al cuidado de los hijos y del marido, aunque otros componentes del mismo pueden ser hallados en otras sociedades y períodos históricos.

Las siguientes son las características idealizadas en las relaciones entre hombres y mujeres presentes entre los jóvenes de sectores populares de Cali, pero también en ocasiones entre jóvenes de otros sectores de la ciudad:

1.- Una idealización de relaciones jerárquicas que confinan a la mujer al espacio doméstico mientras el hombre se mueve en el espacio extra-doméstico, al tiempo que se beneficia del primero donde domina como padre y esposo. Una de las mujeres negras entrevistadas (Paola, 16 años) establece esta separación relacionando el papel heterosexual del hombre con el espacio externo a la casa y, a la inversa, ligando un comportamiento homosexual a la acción del hombre en el espacio doméstico: *habemos unas que porque los vemos haciendo oficio en la casa pues creemos que es marica o algo así. Porque un hombre que está haciendo oficio, y esta trabajando cosas así de mujeres van a decir que es marica. Van a decir que uno lo tiene de cachifa* [sirvienta] (Urrea y Quintín, *ibid*: 226).

Se trata de un modelo que se orienta además hacia la constitución del hogar a partir del grupo familiar primario, con una tendencia hacia la organización nuclear, completa o incompleta (monoparental), en las distintas clases sociales.

2.- La anterior separación supone la distinción de papeles en la división sexual del trabajo: el hombre en la calle frente a la mujer en el hogar como ama de casa; el hombre proveedor de los ingresos frente a la mujer esposa y madre, pero en un contexto de asalariamiento de hombres y mujeres, con separación entre el hogar y el sitio de trabajo (Fuller, 2001: 390). Queda claro en la siguiente expresión de una madre: *¡mijo! Lave esa camisa. [Y me contesta] ‘Mami, usted es la mujer, usted es la que tiene que lavar’.* *Les tengo que dejar el almuerzo hecho, el desayuno hecho* (Urrea y Quintín, *ibid*: 110).

Ellas se ocupan de las tareas de crianza y educación de los hijos, de alimentación y cuidado del esposo y demás oficios domésticos: *Ellos dicen que porque son hombres, las mujeres son las que tienen que estar en la casa y atender* (Irma, 20 años), aunque algunas, aunque conscientes de que no debiera ser así, plantean que la realidad es diferente: *eso no se puede hacer, porque el hombre también tiene que ayudar. Para mí eso tiene que ser compartido: si el hombre hace una cosa, la mujer hace otra cosa. Pero es que los hombres de Sardi, ¡no...!* (Leticia, 20 años) (Urrea y Quintín, *ibid*: 237).

3.- Idealización de la maternidad (Badinter, 1980: 264-271) como el componente eje de la identidad femenina: la mujer es una devota entregada a su hogar (madre-esposa) y la buena madre es una santa –la mujer madre está cerca a la figura de la Virgen María, por lo tanto debería llegar virgen, así sea sólo figurativamente. La mujer es la ‘reina del hogar’ en cuanto ama de casa; por su parte, el hombre, en tanto padre, es la autoridad en la familia

(para la imagen de la mujer en Cali, cf. Browner y Lewin, 1982; para la de los hombres, Maldonado, 2001). Esta idealización de la maternidad es también un fenómeno más general, pero en el caso del amor romántico se encuentra la valoración casi mística de la maternidad relacionada con el cuidado de los hijos. No se trata de tener una prole numerosa, sino de atenderlos adecuadamente.

4.- Jerarquía superior del papel del hombre (padre/autoridad). En esta construcción histórica el hombre padre aparece idealmente como el 'jefe del hogar' y de la familia. Esta es la forma histórica como se manifiesta la *valencia diferencial de los sexos* en el amor romántico idealizado (Fuller, 2001: 70).

5.- La sexualidad masculina aparece separada entre la esfera familiar con fines reproductivos y la esfera pública con fines placenteros (la figura de la esposa-madre se opone a la de la mujerzuela-prostituta). Por otro lado, la sexualidad femenina se expresa escindida a su vez entre la que le impone el esposo, orientada a la procreación, y la ilegítima o prohibida cuando es placentera. Por ello mismo, se separa entre la mujer novia futura esposa o compañera (la madre de los hijos) y la mujer de paso o diversión. Idealmente la primera debe ser virgen y recatada, mientras la segunda debe ser de fácil acceso sexual. Al respecto, Julio (18 años) anota: *Mujeres sanas yo no conozco, no más mi cucha [madre] o las mujeres que ya tienen su marido; eso que ni tanto porque más de una que vive con su marido y se va a rumbiar, [hasta] se chasquean [tener relaciones sexuales] a más de uno, a más de un man por ahí fantasma... Del noventa por ciento de las mujeres de Charco, el ochenta y ocho son perras..., no son ni tan sanas ni tan serias, ni tan perras ni tan serias, son más o menos. Ella [su novia] no es de las sanas: a la final nadie aquí es sano, todos somos cabrones y cabronas... Aquí no hay sanas o [son] contaditas las sanas. Pero las mujeres que no son perras no son [sólo] las que estudian, ni nada de eso. Cualquiera hembra puede ser muy vaga pero [si] lo valora a uno, no le monta los cachos ni está por ahí con cualquier man, que uno la pille o que le cuenten visajes de ella* (Urrea y Quintín, op. cit.: 159). En este modelo no es compatible ser amante y esposa, *eros* y *amor* se enfrentan (Segalen, 1986: 512-514; para Cali, cf. Sevilla, 2000); en el caso del hombre, dispone del 'poder de trasgresión' que le permite pasar de un papel al otro (esposo/ amante) sin mayores inconvenientes (Bourdieu, 1998B: 22-23).

6.- En forma complementaria, para la mujer en el amor romántico la entrega al esposo, compañero o novio es una condición de la relación amorosa/erótica, en la medida en que la acción de entrega incluye el embarazo, al igual que la atención privilegiada que depara la mujer al desempeño del marido en sus actividades masculinas. La procreación supuestamente debería dar a su vez la posibilidad de atar el hombre y conservar el vínculo afectivo con él, a veces asociado a procesos de movilidad social (Bourdieu, 1998B: 73). Por eso el embarazo aparece como forma de amarrar al hombre, sobre todo en las clases populares; y aunque de hecho ello no funciona en buena parte de los casos, se maneja como un deseo oculto de la mujer. Carmen (16 años) alude así a su futuro: *una madre responsable, tener un hogar elegante, tener un hogar educado... con no más de dos hijos, casada por la iglesia y, si no toca casada, pues de todos modos. ¡Ay! Vivir lejos de por aquí. En Ciudad Córdoba, un barrio educativo... pues ahora una se embasa [consigue] a los ladroncitos, porque ya todos son ladrones. [Roban] cositas pequeñitas: moticos, cositas así. ¡Asaderos, restaurantes, ja, ja, ja!*. A la pregunta de si ella se casaría con muchachos

con los que tiene ahora relaciones sentimentales o eróticas, explica: *¡No, yo no! Yo ando buscando otro que me sepa más... Que me saque adelante. Yo me casaría con él de a frente: que va a ser estudiantil, trabajador y todas esas vainas* (Urrea y Quintín, *ibid.*:250).

7.- Hay un predominio de estereotipos de exaltación o desprecio (Fuller, 2001: 173-174) que acompañan el desempeño de papeles naturalizados a partir del sexo biológico y el ciclo de vida y las figuras que los ejecutan (hombres y mujeres), así como una serie de rituales que permiten encarnar esos estereotipos para “ser” hombre o mujer. A la vez, los estereotipos operan en la dirección contraria: marcan también lo que no “es” hombre o mujer, a partir de las situaciones en que se borran las diferencias establecidas sexo-género.

8.- Se asume que, en público, los hombres no deben ser *amorosos* (tiernos, cariñosos): no son bien vistos los afectos con la esposa, la novia y los hijos delante de otros hombres. El amor, en la esfera extra-doméstica, es cosa de mujeres, lo cual implica que todas las expresiones afectivas visibles por fuera del hogar sean consideradas femeninas. Hay una tensión conflictiva entre las esferas doméstica y extra-doméstica a partir de la separación entre amor y erotismo (el amor es del hogar y femenino, otorgado por la esposa, y el ejercicio de la sexualidad sin restricciones es extra-doméstico y para el marido). Manzini (de 17 años, quien disiente del modelo masculino hegemónico) se refiere críticamente a la imagen del padre que se tiene en el barrio: *eso también es de hombres: el que cuida a un niño, el que da amor, porque lastimosamente el padre que se ha criado en un esquema bruto y grosero, el que no lo ve, no lo cuida, no lo baña, está alejado; pero el padre que da cariño a un bebé, él no lo ve como el padre sino que pasa a ser un amigo y más delante va a tener dos opciones, con la madre o con el padre y no como siempre se ha pensado que si uno va hablar algo lo hace con la madre porque el papá no tiene tiempo, o como se ha creído que él es el duro y uno no quiere llorar, no lo puedo hacer delante de mi papá por el temor de que me va a dar una muenda [paliza]* (Urrea y Quintín, *ibid.*: 186).

9.- Expresión de una fuerte homofobia y rechazo de comportamientos que puedan estar asociados a la disolución de la diferencia entre lo masculinos y lo femenino. Se rechaza todo aquello que desdibuje la frontera sexo-género, no sólo en términos amorosos-eróticos sino en las prácticas domésticas y extra-domésticas: *el que es homosexual, se le da es bala, se abre del parche”, dice Michel (15 años). Yo pienso que los que tienen relaciones con otro hombre son los que tienen algún problema mental, porque sólo de pensarlo se me eriza la piel. Yo no voy hablar shet [mierda], porque hay unos maricas que le hacen unas propuestas a uno que... ¡mejor dicho! Y uno, como está necesitado, uno la piensa dos y tres veces, pero la verdad de que sólo pensar en eso y que un marica lo toque a uno se me eriza la piel, la personas que hacen eso tienen su problema mental o sexual, no sé* (Juan Diego, 21 años); *Los maricas sí no son hombres, esos hijueputas, porque les gusta el chimbo [pene]* (Julio, 18 años) (Urrea y Quintín, *ibid.*: 125, 161, 151).

Es importante tener en cuenta que estas características no necesariamente se corresponden estrictamente con las prácticas conyugales y sexuales, así como la lógica de la estabilidad de las uniones, en una sociedad determinada. No obstante, ellas conforman un factor que moldea las percepciones y comportamientos recíprocos de hombres y mujeres en diferentes clases sociales, pero sobre todo entre las clases subalternas, a la vez que se auto alimentan a través de la puesta en juego cotidiana de las imágenes masculinas y femeninas.

La condición social y el modelo de género: estratificación y diferenciación

Sin embargo, como hipótesis sugerimos que en las clases populares la ideología del amor romántico está más arraigada y, por lo tanto, el ejercicio amoroso-erótico está más afectado por este marco ideológico que en las otras clases, a pesar de los importantes cambios que se han venido operando en las relaciones de género en las últimas tres décadas. La paradoja es que, si bien históricamente esta ideología y sus prácticas amorosas-eróticas aparecieron primero en las clases burguesas medias y altas y luego se expandieron a las demás clases durante los siglos XIX y XX, a medida que se dan los procesos de modernización han tenido mayor inercia en las clases populares debido no sólo a factores como el menor capital escolar y cultural, sino por un efecto de inversión género-clase por procesos de distinción, exclusión y segmentación social (Gay, 1992; Fuller, 2001: 100, 108). Esto significa que el marco social en las clases subalternas también ha favorecido una fuerte naturalización de las diferencias biológicas y la producción de estereotipos hipermasculinos acentuados.

Sin embargo, al aumentar los capitales escolar y cultural, así como la inserción laboral de las mujeres (todo ello acompañado de la proliferación de imágenes mediáticas masivas que ofrecen modelos divergentes), se incrementan las opciones de ruptura de la ecuación sexo biológico-sexualidad-género y, por tanto, las opciones de generación de modalidades de subjetividades más reflexivas y autónomas. Es decir, de procesos de individuación con mayor flexibilidad respecto a las relaciones amorosas-eróticas, de pareja y a las responsabilidades domésticas y extra-domésticas (Fuller, 2001:119). Respecto a estas últimas, significa que las mujeres participan cada vez más en actividades de la esfera pública y los hombres de la esfera privada/doméstica, sin que eso represente necesariamente la superación definitiva de la división sexual del trabajo y del espacio. A su vez, las identidades masculinas y femeninas serían más diversas y fluidas, con más opciones si se tiene en cuenta que la orientación sexual puede aparecer como condición identitaria no esencial o natural/biológica. A medida que en general se cuestiona el modelo del amor romántico, también entre las capas populares, las fronteras se vuelven borrosas.

La hipermasculinidad, con su complemento de homofobia radical, sería, sin embargo, una característica de las capas populares con menor capital escolar y cultural, tanto en hombres como en mujeres, y una menor inserción laboral de las mujeres; es decir, en sectores afectados por procesos de exclusión social. Para las mujeres el modelo es el hombre viril que “desea” a las mujeres y, por lo tanto, es completamente activo, a lo que se suma idealmente que sea un buen esposo, lo que no se opone necesariamente a que pueda acceder a otras mujeres. De todas formas, hay ambigüedad entre el carácter de esposo y amante: como esposo ideal debe aportar dinero y tratar adecuadamente a la mujer, así como ser buen padre dando ‘buen ejemplo’. Pero aún sin ser un buen amante, puede desempeñarse convenientemente como esposo. Aunque el patrón dominante de homofobia masculina pareciera universal (Badinter, 1986:183-190, 293-300), habría que añadir que a partir del modelo de amor romántico en Occidente la homofobia se habría vivido más intensamente en las clases populares debido a un ordenamiento más estricto del papel del hombre/padre, representante de la ley (*super yo*), sin importar mucho que en la práctica no haya operado. Así, la hipermasculinidad –como una orientación heterosexual exclusiva y excluyente– aparece como una condición del jefe de familia procreador. La homofobia es reforzada por

los sentimientos de angustia en los hombres cuando las mujeres les disputan el monopolio de los espacios ‘masculinos’.

Las clases subalternas fueron integradas progresivamente al modelo dominante de género-sexo heterosexual e hipermasculino, con separación y diferenciación de hombres y mujeres entre las esferas pública y doméstica; el hombre padre ‘jefe de familia’ y la mujer madre-esposa ‘ama de casa’. Esta integración desde arriba, impulsada por las clases altas – que a su vez habían desarrollado previamente este modelo para ellas mismas– aparece en las sociedades europeas y americanas a lo largo de todo el siglo XIX y comienzos del XX, continuando hasta los años setenta. Sin embargo, en las clases subalternas esta integración seguramente ha podido adquirir características más acentuadas debido al disciplinamiento por internalización de los estereotipos de género y sexualidad instaurados por las instituciones y por el efecto de inversión vía género y orientación sexual que los de abajo establecen para diferenciarse de los de arriba. Independientemente de los resultados empíricos en la conformación de familias nucleares y extensas populares, ya sean completas (con los dos cónyuges) o incompletas (monoparentales, en su mayor parte mujeres jefe de familia), y a la débil estabilidad de esas uniones, la ideología del amor romántico operaría con mayor peso en ellas.

Labores domésticas y fecundidad diferencial entre las clases sociales

En un período histórico las mujeres de las clases medias y altas se apoyaron en la empleada doméstica sin perder por ello su condición de amas de casa, pudiendo más adelante buscar alternativas de estudio y vida laboral para las hijas. Sin embargo, y a diferencia de las clases medias y altas que disminuyen su fecundidad a medida que construyen e incorporan para ellas el modelo de ama de casa con el apoyo de la empleada doméstica, entre las capas populares, cuyo principal apoyo son sobre todo las hijas y que cuentan con un menor capital escolar y cultural, se presenta un retraso en la reducción de su fecundidad. La prole, numerosa, con el tiempo va a significar también una menor participación de esta mujer en el mercado laboral como asalariada moderna. Lo que no impide que ellas realicen actividades precarias que generan ciertos ingresos (pensados como aportes minoritarios) a partir de actividades asociadas al trabajo como amas de casa (Fuller, 2001: 329). Por otro lado, en las clases subalternas la inserción laboral de las mujeres implica la ‘doble jornada’, apoyándose sólo en los oficios domésticos de las hijas, entorpeciendo sus opciones de incremento del capital escolar. Quizás el mayor constreñimiento para estas mujeres sea la contradicción entre tener una prole numerosa que le permita a la madre un sostenimiento y relaciones afectivas familiares durante su ciclo de vida como mujer madura y otros proyectos de vida con una mayor escolaridad y por lo tanto, con una disminución de los nacimientos. En el caso del hombre también existe esta expectativa de sostenimiento y afecto respecto por parte de la prole, pero en condiciones diferentes puesto que no supone asumir previamente los oficios domésticos.

No obstante, un factor que incide en la mayor fecundidad de estas mujeres tiene que ver con embarazos a temprana edad, en buena medida sin mediar una unión estable (para Colombia, véase Flórez, 2000). Suelen ser el resultado de una relación erótica aislada, pero donde se vislumbra la importancia de la procreación para ciertos sectores como rito de pasaje a la edad adulta (Varenne, 1986: 558), lo que obliga a abandonar los enfoques que

asumen que los miembros de las clases populares tendrían una sexualidad más orientada al placer: de ser así, utilizarían más a menudo los métodos anticonceptivos de los que sí tienen conocimiento. También para los hombres de estos sectores la paternidad es una introducción al mundo de la adultez, así aún no pueda asumirse con 'responsabilidad': tener hijos a edades tempranas representa un cierto 'capital de honor', no sólo por permitir mostrar su 'hombria' sino por poder pertenecer pasar al mundo adulto. La ideología del amor romántico desempeña aquí un papel importante: hay una relación entre la búsqueda de la entrega al joven varón de parte de la mujer adolescente a través del embarazo y la maternidad como modelo identitario. Entrega que no garantiza una respuesta equivalente del joven. Parece pesar más el componente ideológico que los cálculos futuros respecto a las probabilidades de conformación de una pareja estable.

Además, la misma ideología del amor romántico puede explicar que haya un juego implícito de las jóvenes de utilizar el embarazo para 'atar' al joven varón, aunque no estén seguras de que ello funcione. Una de las chicas entrevistadas habla en forma dramática acerca de las relaciones con los hombres del barrio: *durán apenas hasta que le haga el hijo. [Ahí] se acabó todo: ¡se aburre!* (Carmen, 16 años) (Urrea y Quintín, *ibid.*: 227). Por otro lado, este juego 'engañoso' es aceptado por él puesto que se encuentra en una situación de poder, incluso advirtiendo la utilidad de la contracepción impuesta a la mujer para evitar ser presionado por ella. Como dice Leonel (16 años) aludiendo a los consejos de su padre: *él le dice a uno, 'mijo, si va a estar con su mujer pues póngala a planificar, porque en estos momentos un embarazo... Usted está estudiando y para salirse para responder la situación está muy dura (...) toda mujer quiere ser la última de un hombre y todo hombre quiere ser el primero de una mujer'.*

Los grupos de pares juveniles como espacios de sociabilidad masculina

La otra dimensión que complejiza e intensifica la desigualdad entre clases es el grupo de edad y su asociación con un ciclo de vida. Nos referimos especialmente a las poblaciones de niños y jóvenes de las clases subalternas y que son llamadas 'población de segunda infancia' (6 a 9 años), 'preadolescente' (10 a 14), 'adolescente' (15 a 18) y 'joven' (19 a 25) en las sociedades capitalistas contemporáneas. En estas clases, estos grupos de edad se han convertido en las últimas tres décadas en un problema de control social debido a la debilidad de la institución familiar y del sistema escolar y a un modelo laboral precario para garantizar su paulatina inserción a la sociedad mayor; ello se agrava en las áreas urbanas segregadas de mayor pobreza y exclusión. Lo anterior es sobre todo válido para los grupos juveniles masculinos de las clases subalternas, puesto que tendrían mayores problemas de inserción a la sociedad dominante y aparentemente ofrecerían una mayor resistencia al disciplinamiento debido a sus condiciones de exclusión social (Dubet, 1987; Castro, 1999). Por otra parte, diversos estudios señalan que los grupos de pares tienden a tener un mayor peso en los sectores populares (Duret, 1996: 90), con una mayor participación en la sociabilidad y, por lo mismo, en la dinámica socializadora.

Durante el siglo XX el desarrollo capitalista en las ciudades consolidó paulatinamente barrios y conglomerados urbanos de las clases subalternas (inicialmente en zonas céntricas, luego en la periferia o en ciudades dormitorio) que se convirtieron en los principales espacios de sociabilidad de las nuevas generaciones de hombres de estas clases. En estos

espacios ‘cerrados’, más o menos segregados dependiendo del tipo de sociedad y modalidades de inserción de las clases subalternas –nacionalidad, religión, étnico-racial, origen geográfico, etc.–, se forman las nuevas generaciones masculinas constituyendo espontáneamente redes de grupos de pares con lazos extra-domésticos, como ya fue observado en forma minuciosa por los diferentes estudios de la Escuela de Chicago para diversas ciudades americanas (cf. Whyte, op.cit.; entre los más representativos), o en los estudios sobre las ciudades francesas a partir de las décadas del 70 y 80, cuando aparecen una serie de cohortes de jóvenes, hijos de inmigrantes de primera o segunda generación en su mayor parte magrebíes y de los países subsaharianos (Dubet, op. cit.; Gendrot; 1994; Lagrange, 1995).

Hay diferentes grupos de pares en las clases subalternas – también entre las clases medias – según tipos de actividades socializadoras y el grado de organización: desde los grupos informales de amigos de vecindario o barrio de corte lúdico, hasta organizaciones más relacionadas con diferentes actividades que generan ingresos, algunas de ellas ilegales. En el estudio de Urrea y Quintín (op.cit.) se observaron grupos de pares en edades que fluctuaban entre 12 y 24 años. Estos grupos, que reciben diversos nombres (*parche*, *gallada pandilla* y *banda* en Colombia, al igual que en Perú; *galera*, *gange*, *quadilha* en Brasil; *galère* en Francia; *chavo banda* en Ciudad de México; *patota*, “*pibes chorros*”, *pungas* o *punguitas* en Argentina), han sido soportes básicos de la socialización de esta población joven debido a: a) la alta probabilidad en términos demográficos de que compartan en una misma calle o calles del vecindario los mismos individuos varones desde la infancia, configurando cohortes de edad con trayectorias biográficas cercanas (Espinoza, 1999) ; y b) la reducida existencia de desplazamientos por fuera del espacio barrial de estos jóvenes (Duret, 1996: 99 y 103). Según este autor, “la amistad ligada a la proximidad en la edad, asociada a la vez en una débil movilidad espacial, va a permitir a los compañeros [*grands frères*] conservar una fuerte proporción de amigos de infancia”.

Una característica central de estos grupos juveniles es su homofilia (Duret, 1996: 103), lo cual marca una condición estructural de género masculina. Domínguez (1999) lo señala para los *parches* de Siloé (barrio de Cali): no es el lugar donde las mujeres de un barrio popular están, ni es el tipo de unidad básica de sus relaciones, ya que por lo general tienen grupos más pequeños y con menos manifestaciones de solidaridad. Las relaciones en el *parche* se hacen a través de los hombres: mientras los hombres siguen siendo miembros de la *pandilla* así no estén presentes, no sucede lo mismo con ellas, ya que sólo son del grupo en tanto permanezcan físicamente con ellos; paralelamente, los miembros del *parche* creen que las mujeres están con ellos debido al poder de sus miembros.

Estos grupos de jóvenes tienden a relacionarse con un territorio determinado del cual se ‘apropian’ (barrio, calles, parques, avenidas, etc., como anotan también Espinoza, 1999, en su estudio de Lima y Souto, 1997, para el caso de Rio de Janeiro). Este dominio territorial es interpretado por Fuller (2001: 143) como la posibilidad de ejercer control en el acceso a las mujeres del barrio mediante la expulsión de posibles rivales. Para una muchacha, por el contrario, el territorio es diferente, puesto que está menos circunscrita al espacio geográfico local. Al contrario, ellas viven el espacio barrial como algo que las aprisiona y que no les da poder (Domínguez, 1999: 24). Cuando una mujer está cerca o pertenece a una *pandilla*, su distanciamiento y salida no se asocia a la dificultad de encontrar al hombre adecuado,

sino con salir del barrio. Esto coincide con los hallazgos de otros investigadores que detectan esta lógica de circulación de las mujeres de todas las edades hacia el exterior del barrio y moviéndose en muchos espacios de la ciudad (Agier, 1995), a diferencia de lo que sucede con los hombres. Además, pueden incluso ser más centrípetas las interacciones de los jóvenes que los de los hombres adultos, pues éstos mantienen interacciones con el mundo del trabajo que los obliga a desplazarse fuera del barrio.

Las relaciones de las chicas con los grupos de pares de los jóvenes son ambivalentes: por un lado se sienten impresionadas por la vida en la *pandilla*, atraídas por el dinero que algunos de los miembros consiguen en actividades ilícitas y que derrochan con ellas; por otro lado, casi siempre tienen dudas sobre el tipo de protección que ellas puedan recibir de los muchachos. Por ejemplo, las muchachas embarazadas novias de los *pandilleros* no tienen claro si ellos les van a ayudar, pues saben que ellos están más preocupados por sus amigos y las armas. Su esperanza reside en que la familia de ellos sí les colabore (usualmente lo hace la madre del que la ha embarazado). También es frecuente que sus deseos de entrar en la *pandillas* estén asociados a la posibilidad de salir de sus casas, donde ellas son más controladas que los hombres y donde se encuentran más subordinadas en el seno del hogar (Domínguez, 1999: 27-28). Los muchachos son estimulados incluso por sus madres para que salgan a la calle. Sin embargo, las relaciones jerárquicas de género pesan enormemente al punto que, mientras los jóvenes de los grupos de pares defienden la igualdad entre ellos, no la aceptan para las mujeres (Duret, 1996: 176).

Por otro lado, cuando los chicos están en medio del *parche* con sus amigas o novias no se muestran nunca como pareja; tampoco suele vérselos juntos por separado (Domínguez, 1999; Urrea y Quintín, op.cit.). Ello nos remite al fenómeno de la homofilia entre los grupos de pares masculinos como una de sus características estructurales, con una incidencia socializadora intensa en las generaciones de estos hombres debido a su mayor continuidad en la vida del joven. Vale la pena destacar que esta homofilia (homogeneidad sexual dentro del grupo de amigos) está a su vez fuertemente asociada a la homofobia. Esta es precisamente la forma de garantizar “comportamientos de hombres” entre los pares, evitando así la pérdida de la diferencia bipolar género-sexo: se está entre hombres para comportarse “como hombre”.

Esta organización, con la consiguiente exclusión de las mujeres, también se traslada a otros espacios del ciclo de vida y grupos sociales. Coincidimos con Viveros y Cañón (1997:137), en sus conclusiones respecto a hombres adultos negros de clases medias colombianas:

...el análisis tanto de los ejes narrativos, de los ritos de iniciación y de las pruebas de virilidad de los hombres entrevistados pone de presente en este grupo étnico (es necesario advertir que el estudio de los dos autores es con hombres mayores de 40 años) la masculinidad se construye únicamente en referencia a la competencia, la rivalidad y la posibilidad de conflicto con otros hombres. Las mujeres sólo están presentes en sus narraciones como seres a los que hay que proteger o como objetos de placer. En su subjetividad, las mujeres no son sus equivalentes, razón por la cual el lugar que se les asigna en sus relatos tiene por efecto confirmar la supremacía masculina y mantener a las mujeres en una posición subordinada y desvalorizada... Los testimonios recogidos muestran que el imaginario de estos varones en relación

con la masculinidad le asigna un lugar preponderante a la exhibición de la potencia y rendimiento sexuales y a la presentación de ellos como seres eminentemente sexuales.

Así, la valoración que se hace de las mujeres se establece entre seres que hay que proteger (la esposa, la madre) y objetos de placer (la prostituta, la amante), lo que forma parte del juego ideológico en el amor romántico que escinde el amor del eros, confinando el primero al hogar y el segundo al espacio público de la sexualidad ilegítima pero permitida al hombre. Pero ello se acompaña de este tipo de ejercicio competitivo básicamente intramasculino a partir del ‘alarde’ de la masculinidad a través de sus grupos de pares.

La fuerza y la virilidad como ‘capital de honor’ y el ejercicio de la violencia

El más bravo es el que lo encañona [quien le apunta con el arma a la víctima], el que va carácter, porque va más de uno que va cagao [asustado]. Si uno le sale primero y lo coge hay que llevarlo porque va carácter... Yo aprendí viendo a Harold, un amigo mío. ¡Uf! Ese man cuando los coge hay veces les da puño; entonces yo aprendí viéndolo a él y allí más de uno lo respeta allá en el barrio... El finadito Bolita, al que abría la boca lo mataba y así sea del barrio, al que se colocaba de sapo lo mataban también (Michel, 15 años).

Hay toda una serie de componentes ideológicos que forman parte de las prácticas cotidianas de estos grupos de jóvenes y que a nuestro juicio son fundamentales en la construcción de las identidades masculinas hegemónicas en los sectores populares, con significativas repercusiones en su combinación con fragmentos del amor romántico.

En primer lugar, la fuerza aparece como la capacidad física disuasiva (mediante el cuerpo o a través de armas blancas o de fuego) en el territorio que controla el grupo de pares, así como en el establecimiento de las jerarquías internas del grupo. Esta fuerza física está asociada a veces a la práctica de deportes de combate (boxeo, artes marciales, etc.) o de grupo (fútbol, baloncesto) en los que se demanda un excelente desempeño individual (Fuller, 2001: 153). En segundo lugar, con la fuerza viene aparejada “la valorización permanente de los valores viriles [que] coloca a los jóvenes, a menudo desde la infancia, a confrontarse en una prueba de principios [....]. La dignidad no es solamente una cuestión de honor, ella propone un sustituto en la identidad, ser respetado es ser alguien. La susceptibilidad sirve como primera marca indispensable del apego a su honor” (Duret, 1996: 12-14). Por eso, entre la fuerza y la virilidad está en juego un ‘capital de honor’ que no es sólo un bien individual, como sentirse y ser percibido hombre en el grupo, sino un bien colectivo del grupo particular al que se pertenece: “la fuerza permite también asegurar el prestigio de una comunidad en tanto más atenta a su capital de honor como sea estigmatizada” (Duret, 1996: 15), y para las sociedades peruana y colombiana llegan a conclusiones similares Fuller (2001), Castro (1999), Santos (1999), Domínguez (1999) y Urrea y Quintín (op. cit.). La comunidad más importante en los jóvenes de las clases subalternas es el grupo de pares y en forma más ampliada, la cohorte de chicos en edades cercanas del vecindario.

Lo anterior nos remite al fenómeno de la violencia. Según Duret (1996:100), la amistad entre los miembros del grupo “parece mejor existir en un mundo saturado de fuerzas, de temores y miedos. Lejos de ser gratuita, si ella se diera, la amistad se inscribiría en un estricto cálculo de relaciones de fuerza. [...] la fuerza física no está automáticamente pacificada y domesticada; ella se despliega abiertamente sometiendo a los jóvenes a su ley, exponiéndolos al terror de las violencias más poderosas y a la tentación de abusar de los más débiles”. En este contexto precisamente pesa de modo significativo el capital de honor basado en la pareja fuerza-virilidad en la construcción de los géneros, que opone al hombre y la mujer, y estimulando la hipermasculinidad y la homofobia, a través del reforzamiento de las interacciones en el grupo de pares y con ello, de las prácticas de homogeneidad sexual de los hombres.

De esta manera, la hipermasculinidad está articulada a formas fragmentarias pero resistentes del amor romántico, mediante el mecanismo de idealización de la mujer por parte de los jóvenes. Debido a ello, mientras que la violencia contra las mujeres y los homosexuales se desenvuelve por “necesidad”, en realidad, se trata de garantizar la manutención de la dominación masculina y por lo tanto el orden género-sexo hegemónico, entre los hombres la violencia forma parte de la acumulación de capital de prestigio u honor: se compite “entre hombres”.

Ahora bien, si retomamos la perspectiva de N. Elias (1982, 1987) sobre el proceso global civilizatorio como sometimiento de la fuerza en todas sus expresiones, con el surgimiento de mecanismos colectivos sociogenéticos de autocontrol psíquico, entonces los espacios de socialización entre pares de los jóvenes en las sociedades capitalistas, especialmente en las clases subalternas, en determinadas condiciones, configuran modalidades de sociabilidad a través de grupos de pares opuestas al proceso general, en las que la fuerza, la virilidad y lo que esté asociado a ellas establecen las jerarquías de poder y legitimidad, y como tal pueden ser vistas como tendencias descivilizatorias (Mennell, 1997: 213-236), las que pueden llegar a ser más profundas cuando afectan a una población por más de una generación. En una dirección similar R. Chartier (1994: 22-23), en el prólogo al libro de Elias y Dunning sobre el deporte, y refiriéndose a la violencia de los fanáticos del fútbol, señala que correspondería:

“a una menor valorización y una menor capacidad del autocontrol de las pulsiones de una parte de la población que, por su posición de exclusión o de marginalización, no ha logrado el estadio del proceso de civilización que es el de la mayor parte de la sociedad en la cual ella vive [...] Un lazo fundamental asocia por lo tanto los comportamientos brutales, prohibidos y reprobables: un habitus social que, lejos de haber interiorizado el control necesario de la agresividad, le reconoce a la violencia un valor, y una posición de “outsiders” en el mundo social, por fuera de dispositivos institucionales o sociales que instalan en los mecanismos de control del yo”.

Lo que nos permite a continuación articular este análisis con el componente socio-racial y la lógica de segregación residencial.

El componente socio-racial: producción de desigualdades por la vía discriminación y la segregación espacial

La variable “étnico-racial” introduce un factor que produce desigualdad social vía discriminación negativa, y, por lo tanto, se constituye en un elemento de exclusión bajo determinadas condiciones históricas. Este sistema de discriminación puede caracterizarse como racista cuando se articula a otros mecanismos sociales de la desigualdad social (clase y género).

El efecto más sobresaliente de la variable étnico-racial en los procesos de sociabilidad y vida cotidiana se produce a través de las lógicas residenciales y de inserción sociolaboral. En las sociedades capitalistas la articulación de los componentes de clase y “étnico-raciales” se expresa en el fenómeno de segregación espacial, en términos de áreas residenciales urbanas (que son las que aquí nos interesan); pero también históricamente a través de regiones rural-urbanas jerarquizadas socio-racialmente, como ha sido el caso colombiano: el orden socio-racial se construyó históricamente vía el aislamiento territorial de la región de la Costa Pacífica y en menor grado la Costa Caribe respecto al resto del país y en su subordinación a los centros dominantes del interior (Bogotá, Medellín y Cali), cf. P. Wade (1997).

Merlin (1998:177-178), retomando a Castells (1972), define la segregación como “la tendencia a la organización del espacio en zonas de fuerte homogeneidad social interna y de fuerte disparidad social entre ellas; estando comprendida esta disparidad no solamente en términos de diferencia sino de jerarquía”. Merlin señala previamente que la segregación se puede acompañar de discriminación y, en este sentido, se basa en la separación residencial de un sector de la población o de individuos por razones raciales, religiosas, culturales, sexuales, etc. Históricamente, cuando se ha dado no sólo una alta concentración en una región urbana de población con características étnico-raciales sino además una política pública que favorece explícitamente esa concentración, resultando barrios escasamente mezclados o mestizados, estaríamos en presencia de ‘ghettos’ en términos sociodemográficos y socioeconómicos (Estados Unidos, Sudáfrica). De lo contrario, se trata de fenómenos de segregación espacial menos fuertes, más característicos de los patrones francés y latinoamericano (Dubet, 1987; Gendrot, 1994; Lagrange, 1995; Wieviorka, 1998:61-64; Bourdieu y Wacquant, 2001; Barbary, Ramírez y Urrea, 2002; Barbary et al., 2002; Zaluar, 1997; y Reyes Novaes, 1997). De todos modos, pueden presentarse en estas últimas sociedades procesos de percepción – imaginados o inventados - de ‘ghettización’, asociados o sentimientos colectivos de exclusión social entre los grupos que residen en ciertos barrios, como se observa en el caso de la ciudad de Cali (Barbary, Ramírez y Urrea, op. cit.).

Por otra parte, hay que tener en cuenta que la segregación residencial de las clases subalternas ya de por sí incluye una estigmatización o valoración moral negativa de los barrios desde los asentamientos vecinos menos pobres y del conjunto de la ciudad, casi siempre impulsada por los medios de comunicación. Por lo general también son los mismos barrios en donde residen los sectores de población con determinadas características “étnico-raciales”. Podemos citar como ejemplo para el caso colombiano, la población negra en ciudades como Cali, Medellín, Bogotá y Cartagena en Colombia, ya sea migrante o nativa;

de igual modo, los comentarios de Chartier ya anotados y, en una dirección próxima, la de Duret (1996: 27-62) en su análisis de las bandas juveniles en los barrios periféricos de las ciudades francesas y la presencia en ellas de chicos nativos, descendientes de primera y segunda generación de migrantes magrebies (cfr. Paugam, 1996; en especial los textos de Grafmeyer, Labbens, Oberti, Wacquant, y Fassin). La propuesta analítica y hallazgos de Elias y Scotson (1997) sobre los excluidos en cuanto ‘marginados’, en el estudio de la comunidad de Winston Parva, pueden ser útiles para pensar las formas en que esos diferenciales entre unos y otros se contruyen, si bien los autores no encuentran un componente étnico-racial entre las poblaciones ‘incluidas’ frente a las ‘excluidas’. Un fenómeno similar es descrito para la ciudad de Lima por Santos (1999) y en el caso de Rio de Janeiro por Zaluar (1997) y Souto (1997).

De un espacio urbano segregado a los límites del determinismo

[Juan Diego:] *en el ghetto hay una moda, hay un decir, una forma de vestir, un pensar. Cuando uno sale a otras partes, en esas partes también tienen sus formas de hablar y de todo; entonces se estrellan esas dos formas de actuar, y comienzan a decir: ‘no...lo que pasa es que éstos caminan así porque son pobres, porque viven por allá en esos barrios así, pero yo pienso que el ghetto es así porque la gente es sencilla. Yo sí me he sentido discriminado muchas veces cuando vamos a esas presentaciones. La gente lo mira a uno de reojo o se le retira pensando que uno los va a robar.*

[Didier:] *Claro que ahí es que uno tiene que ser inteligente y saber para dónde va y saber cómo se va a expresar delante de las demás personas, a mí no me ha sucedido, pero sí he visto cuando va pasando el niche y la gente se toca todo o se cambian de andén. (Juan Diego, 21 años y Didier 20 años) (Urrea y Quintín, 2000: 153).*

Dos aspectos permiten entender las lógicas de articulación de los componentes (clase, género, sexo y grupo “étnico-racial”) cuando son vistos a partir del ciclo de vida o grupo etáreo en una dinámica socio-espacial o urbana:

a) Al considerar la incidencia del componente “étnico-racial” en la vida de estos jóvenes y en la construcción de sus masculinidades, es claro que no puede pensarse en mayores diferencias entre lo que les sucede a los jóvenes negros respecto a los mestizos y blancos de los mismos barrios; es más, es seguramente común a lo que sucede con los de cualquier barriada pobre en cualquier ciudad. En todos esos casos entra a jugar el efecto de la exclusión social, definida como la existencia de un fuerte diferencial entre sectores sociales en términos de condiciones de vida e ingresos, de oportunidades y de acceso a la ciudadanía. La desigualdad –exclusión– es objetiva (puede medirse a través de indicadores) y, también, subjetiva (es sentida y expresada por los individuos). En nuestro caso, un elemento fuerte que marca la dinámica social de estos barrios se da a partir de una intensa percepción de exclusión en forma de segregación residencial: según la expresión de los mismos jóvenes, de vivir en el *ghetto*, aunque en términos de indicadores sociodemográficos y socioeconómicos esas áreas urbanas no corresponden al patrón urbano americano de ghettos (Barbary, Ramírez y Urrea, op. cit.; Barbary et al., 2002). Para Rio de Janeiro se observa un fenómeno equivalente (ver Souto, 1997 y Reyes Novaes, 1997).

b) En términos de identidad de género, el modelo hegemónico que parece dominar entre los jóvenes varones del barrio es rígido en el sentido de que no admite situaciones ambiguas, ya que las mujeres que se salen del modelo sexo-género de subordinación cuando asumen roles “masculinos” son llamadas *igualadas*. Estas mujeres son rechazadas, de la misma forma que las expresiones discursivas homofóbicas son reiteradas, especialmente contra los varones que adoptan públicamente modales femeninos.. Las *igualadas* al adquirir para los jóvenes atributos masculinos que desafían el orden de género-sexo, hace pensar en la necesidad de repensar analíticamente la dimensión sexo/género sin confundir el uno en el otro y en tal dirección cabe rescatar algunas perspectivas de la tradición anglosajona feminista.

Las articulaciones entre clase social, género, sexo, grupo “étnico-racial” y edad-ciclo de vida juvenil, en el caso de las clases subalternas, en un espacio geográfico urbano con diferentes grados de segregación residencial y discriminación en el mercado de trabajo, podemos pensarlas como formando parte de un **espacio urbano segregado socio-racialmente**, e identificando la serie de condiciones objetivas y subjetivas de exclusión, para lo cual utilizamos la categoría de *habitus* de Elias (1991). Este autor se apoya en una orientación de sociología histórica, sin que remita por ello a una matriz homogénea de estructuras estructuradas en el sentido de Bourdieu, sino que más bien nos lleva a atender a los estilos de vida en las configuraciones de sociabilidades en torno al ‘ser hombre’ o ‘comportarse como hombre’ en los diversos espacios y escenarios de la vida. En esta dirección, el *habitus* produce y reproduce las diferentes identidades masculinas y femeninas en ese espacio expresándolas a través de ideologías sobre el amor y el erotismo, pero relacionadas a su vez con modalidades específicas de sexualidad (prácticas y orientaciones sexuales). Una identidad – en la perspectiva de Goffman (1974) – es el proceso microsocioal de percepción de sí en relación a los otros, fenómeno que está siempre en relación con contextos específicos, o sea, a marcos situacionales, por lo que pueden operar varias identidades en un sujeto. Por supuesto, a su vez es necesario establecer las mediaciones entre los procesos macrosociales constreñidores y los microsociales, de modo que se encuentren la lectura de las articulaciones de los componentes ‘estructurales’ y ‘estructurantes’ con las variaciones biográficas que dan juego a las subjetividades. En esta dirección analítica, la investigación empírica reveló una situación compleja en la ciudad de Cali (con modelos diferentes y hasta contradictorios entre sí de identidades masculinas), que permite pensar en una pluralidad de disposiciones sin que se remita necesariamente a un sistema estructurado de determinaciones.

Dado lo anterior, habría que señalar que esas identidades no son condiciones estables ni permanentes y que el *habitus* está sometido a rupturas y fragmentaciones debido a las transformaciones operadas en el entorno social y, por lo mismo, pueden desarrollarse variaciones singulares en las identidades que no permiten defender la existencia de procesos individuales calcados en una sola matriz homogénea de referencia, sino más bien tendencias contradictorias, en términos gramscianos de hegemónicas y subordinadas, en ebullición o movimiento. No se puede reducir a simples trayectorias individuales que remiten a una trayectoria del grupo social de pertenencia, entendido como el conjunto de individuos que en el orden social se aproximan entre sí por los diferentes tipos de capital acumulados en su trayectoria personal, sino a lógicas de acción cambiantes que producen

una pluralidad de identidades así procedan de un mismo grupo social. Según Corcuff (1999: 118): “pensar las singularidades de un ser humano es, por tanto, intentar igualmente pensar la pluralidad de sus disposiciones y sus capacidades, la diversidad de sus modos de comprometerse en el mundo, la variabilidad de las circunstancias reencontradas, sus contradicciones y sus ambigüedades”.

En una dirección similar, Lahire (1999: 130-133), en su crítica a Bourdieu, al considerar la existencia de pluralidad de disposiciones, se pregunta: “¿Cómo las múltiples disposiciones incorporadas, que no forman necesariamente un ‘sistema’ coherente y armonioso, se organizan o se articulan?”. Y más adelante señala que

“las investigaciones empíricas deberían, por consiguiente, permitir precisar las diferentes maneras mediante la que los hábitos incorporados y su actualización son vividos [...] Los hábitos pueden por lo tanto ser interiorizados y no ser actualizados hasta el momento del constreñimiento o de la obligación; ellos pueden ser al modo de la pasión, del deseo o de la envidia, e incluso a partir del modo de la rutina no consciente, sin verdadera pasión ni sentimiento de constreñimiento particular. Todo esto dependerá a la vez de la manera en que han sido adquiridos los hábitos o las disposiciones, del momento en la biografía individual cuando ellos han sido adquiridos y, finalmente, del ‘contexto’ actual de su (eventual) actualización...”

Para Lahire (1999: 138) se trata del entender el ‘singular plural’, es decir, “por un simple efecto de escala, recoger el singular *como tal*, es decir, el individuo como producto complejo de diversos procesos de socialización, [lo que] conlleva ver la pluralidad interna del individuo: *el singular es necesariamente plural*”.

Identidades masculinas como singularidades plurales agrupadas en tendencias

El estudio empírico dio como resultado una pluralidad de identidades masculinas, algunas de ellas en tránsito o movimiento, que podemos clasificar en tres grandes tipos émicos:

En primer lugar son muy visibles y dominantes las figuras hipermasculinas construidas a partir de una sobrevaloración de los atributos masculinos, poniendo a la mujer en una situación desventajosa al tener que asumir una subordinación permanente hacia los hombres. Dentro de este modelo encontramos dos grandes formas que se apoyan en una disyuntiva de índole moral, que a su vez permite una mejor comprensión de los procesos biográficos de los individuos: se trata de la clasificación *sano/dañado*, que establece una separación entre aquellos individuos que están asociados a atributos positivos y a una opción de vida cercana a instituciones socialmente bien valoradas como la casa, la escuela o el trabajo –sanos– y quienes toman como opción una vida asociada a la carencia de regulación de las instituciones mencionadas (delincuencia, bandidismo) y por lo mismo, con atributos morales negativos. Esta dicotomía introduce matices en la forma en que se dan comportamientos específicos y en las formas de asumir la masculinidad, yendo desde situaciones de clara violencia hacia la mujer (dañados), hasta altos niveles de tolerancia al acceso de mujeres a los espacios masculinos (sanos).

En los puntos intermedios de esta contraposición podemos encontrar a individuos que presentan características y comportamientos que llevarían a pensar en el manejo de una dimensión *teatral/escenográfica* –en el sentido de Goffman (1959)– de sus relaciones según el entorno en el cual se encuentren y según los resultados que quieran obtener en ellas; es así como, en un momento dado, pueden comportarse o argumentar que son *aletosos* (figura estereotipada del dañado), mientras en otro entorno pueden aparecer como sanos. Este grupo intermedio, que se acerca al esquema hipermasculino, se encuentra inscrito sin embargo en un espacio de mayor tolerancia, pudiendo sus acciones fluctuar entre desde comportamientos agresivos a los más permisivos.

En contraparte al modelo de hipermasculinidad dominante en esta área urbana, aparecen figuras desafiantes que generan espacios y formas muy distintas de construir la masculinidad. Lo cierto es que para los jóvenes que participan del modelo hipermasculino este tipo de personajes no son ‘masculinos’, y los llaman *gomelos*. A éstos se les asocia a la circulación externa al barrio, causadas por tener particulares dinámicas laborales o de estudio, y a interacciones con jóvenes pertenecientes, en la mayoría de los casos, a sectores de mayor nivel socioeconómico. Los *gomelos*, que son percibidos como negadores de la masculinidad dominante, son identificados como homosexuales y, en el discurso cuanto menos, rechazados por la mayoría de los jóvenes del barrio. No obstante, se presentan ambigüedades en estos episodios de rechazo, pudiendo ir desde acciones de violencia en su contra hasta el establecimiento de relaciones sexuales con ellos a cambio de retribuciones económicas. Michel (15 años) dice: *No, el que me lo pida sabe que nos vamos ha destrampar [pelear] los dos ahí mismo. Los maricas sí me lo han propuesto varias veces, por la cuadra había uno y le mantenía pegando cachetadas [...] si me ofrecen plata tampoco; aunque si me ofrecen unas diez lucas [diez mil pesos] sí, diez luquitas, lo haría de una* (Urrea y Quintín, op. cit.: 112)

De acuerdo a estos resultados, no se puede establecer una vinculación mecánica o determinista entre las condiciones estructurales y los procesos de creación de subjetividades y de identidades, si bien es evidente que éstas son construidas también a partir de las experiencias de vida y las posiciones que socialmente los individuos ocupan. Por un lado, la mayor recurrencia de ciertos modelos (masculinidades conformadas sobre la violencia y la idealización pragmática de algunas figuras, como los *aletosos*) está relacionada con las condiciones de vida marginales y de exclusión que estos jóvenes ocupan en el contexto caleño; pero igualmente, las discontinuidades que se evidencian también están asociadas al hecho de que, sin embargo, las posibles experiencias de los jóvenes de sectores populares en Cali hoy en día pueden ser disruptivas respecto a las modalidades hegemónicas de masculinidades en situación de exclusión. Un análisis próximo se encuentra para el caso de Lima en Santos (1999).

Por ello, ni los barrios populares estudiados ni sus jóvenes son homogéneos. Se observan fisuras y fugas en el orden de las sociabilidades y las identidades, no obstante la aparente asociación que aparece a primera vista entre el contexto de pobreza, violencia y exclusión y una forma de vivir la masculinidad de los jóvenes bajo moldes en los que se privilegian las imágenes de virilidad-fuerza y coacción como elementos de la hombría, junto a la subordinación de las mujeres a la esfera doméstica, siempre al servicio de los hombres, y con discursos recurrentes homófobos e incluso con la frecuencia de acciones de violencia

ejercidas en contra de las mujeres y hombres que se apartan del patrón de comportamiento. Las fisuras y fugas, a menudo individuales, se dan tanto en el orden de las prácticas como en el de las actitudes y, especialmente, de las expectativas. Aparecen *contrafiguras*, tanto masculinas como femeninas, que se disocian de la norma barrial dominante. La presencia de personajes que desafían ese orden y ponen en cuestión los estereotipos dominantes de la masculinidad así como los roles tradicionales domésticos de mujeres y hombres muestran que la dinámica micro-social en el barrio es compleja; y aunque esas versiones diferentes están asociadas a proyectos de movilidad social individual que implican búsquedas de formas de vida y expresión por fuera del barrio, se convierten en actos de desacato al “sistema de sexo-género” dominante en el barrio y, por eso mismo, fuertemente rechazados.

Todo ello nos permite establecer que la expresión de la masculinidad no puede ser vista como un estado fijo, pues es siempre incompleta y puntual (es decir, nunca definido para siempre, ni siquiera para un individuo concreto) y además está signada por la confluencia de los siguientes procesos:

a) La trayectoria previa del sujeto (es decir la acumulación de experiencias sucesivas, diacrónicas) y la forma en que esa trayectoria es leída por el sujeto (es decir, el registro de la experiencia); se combinan así datos de procesos reales junto a datos resultantes de esas ‘ilusiones biográficas’ de que nos habla Bourdieu (1998 A).

b) El ámbito de acción o de interacción (el *campo*, dirá Bourdieu) en que se está moviendo el sujeto en un determinado momento: la masculinidad no es la misma si lo que está en juego es su identidad sexual, la de clase o la de condición socio-racial. Es decir, no se es el mismo *hombre* cuando se está en la discoteca que cuando se está en el campo de fútbol, cuando se está con la novia que cuando se está con la amiga, cuando se está en medio de un conflicto económico que cuando el conflicto remite a la identidad racial. El sujeto construye en cada momento su identidad de formas distintas sin dejar por ello de ser un único sujeto. En este sentido, deben ser repensadas las aproximaciones que hablan de ‘sujetos fragmentados’ para postular que la bifurcación circunstancial del sujeto es el elemento constitutivo de las identidades urbanas o modernas (en la dirección de las múltiples ‘máscaras’ de que hablara Goffman, 1974).

c) Por último, debe pensarse en la siempre cambiante correlación de fuerzas entre sexo, género, raza y clase que se da dentro de cada una de esos ámbitos. Es decir, que si bien puede pensarse que en el campo del sexo el peso dominante lo tendrían los atributos físicos, ello no obvia que su consideración a la hora de construir masculinidad (atributos considerados masculinos) pueda ser matizada o modificada (e incluso borrada en algunos casos) por la incidencia de elementos propios o asociados a otros ámbitos: por ejemplo, la dimensión de clase puede ser un ingrediente para moderar, intensificar o reconvertir la genitalidad en el ámbito del sexo. Es decir, que los ámbitos se solapan y montan, interactúan, modificándose siempre. El peso de la historicidad es en ese sentido fundamental, al hacer imprescindible tener en cuenta las cada vez más visibles transformaciones de los estilos de vida.

El cruce en el análisis de esos tres procesos en uno es fundamental para evitar caer en la tentación de definiciones fijas de las identidades de género (o de cualquier otro tipo): nos encontramos con tránsitos y transiciones relativamente fluidas y con fronteras o ‘tierras de nadie’ muy amplias. Podemos, así, reconocer la existencia de *subjetividades masculinas* entre los jóvenes de las clases subalternas. Quizás en términos conceptuales el fenómeno estudiado en este artículo se acerque mejor a lo que desarrolla Lahire bajo la categoría del *actor plural* (2001: 19-52), constituido por medio de un juego de disposiciones múltiples (*habitus* heterogéneos, escindidos) que producen variaciones individuales en la construcción de las identidades masculinas, así podamos ordenarlas para el análisis en determinados patrones o modelos. De esta forma, en los barrios populares de Cali opera una especie de diversidad de prácticas en continuidad entre los dos extremos (*aletoso/gomelo*) que se manifiesta a través de una dinámica plural de identidades móviles –aunque finitas– que pueden vivir los sujetos hombres.

En este último sentido, cabe señalar que los cuatro elementos son susceptibles de múltiples y sutiles apareamientos, aún cuando es cierto que algunas de las intersecciones pueden, por su carácter contrastivo, resultar claves en el análisis. Así, por ejemplo, la raza y el sexo pueden ser susceptibles de un tratamiento analítico similar, aún cuando sean evidentemente irreductibles, por poner en juego atributos ajenos a la voluntad individual y asociados a lo ‘natural’ –como son la disposición genital (Héritier, 1996) o los fenotipos–. Género y clase, por su parte, están sujetos a la intervención activa del sujeto, es decir, son modificables, cambiantes o enmascarables (procesos de travestismo o ambigüedad sexual, por un lado, o de enclasmiento y desenclasmiento, por el otro). Pero a su vez, las relaciones entre género y sexo se vuelven así más complejas y performativas, sin que puedan establecerse identidades estables entre uno y otro, deconstruyéndose el modelo ideológico sexo-género en su pretensión heterosexual universalista (Butler, 2001). En cierta forma, el análisis de otros apareamientos han sido avanzados ya en estudios y elaboraciones previas; por ejemplo, entre clase y género en el reciente debate acerca de la ‘política del reconocimiento’ sostenido entre N. Fraser (2000) y J. Butler (2000).

Finalmente, cabe recordar que para Cali tenemos abordajes finos sobre la relación entre raza y clase: el dominio de características fenotípicas negras está asociado aquí a los sectores de la población más pobre de la ciudad, de tal forma que se puede hablar de procesos de exclusión y de parcial segregación racial de las poblaciones negras (e indígenas). A su vez, los hallazgos descritos con cierto nivel de detalle en Cali a través de esas figuras masculinas contrastantes son también posibles de registrar en otros contextos urbanos europeos o latinoamericanos, donde seguramente existen dimensiones equivalentes en las que se cruzan los diferentes componentes aquí considerados –aunque probablemente a partir de particularidades nacionales, regionales y locales.

BIBLIOGRAFIA

AGIER, Michel (1995) “Lugares y redes. Las mediaciones de la cultura urbana”, en Revista Colombiana de Antropología. Vol. XXXII, ICAN, Bogotá, pp.221-243.

BADINTER, Elisabeth (1980) L’Amour en plus, Flammarion, Paris.

- BADINTER, E. (1986) L' un est l' autre, Odile Jacobs. Paris.
- BARBARY, Olivier; RAMÍREZ, Hector Fabio; URREA, Fernando (2002) “Identidad y ciudadanía afrocolombiana en la región Pacífica y Cali: elementos estadísticos y sociológicos para el debate de la ‘cuestión negra’ en Colombia”, pp. 43. En proceso de publicación en revista Estudios Afro-Asiáticos, UCAM, Universidade Candido Mendes, Rio de Janeiro.
- BARBARY, Olivier; DUREAU, Françoise ; LULLE, Thierry (2002) “Dynamiques de peuplement et ségrégations métropolitaines (Bogota et Cali)”, pp. 70. Chapitre 4 in Recompositions urbaines en Amérique latine : une lecture structurée à partir du cas colombien (en proceso de edición y publicación). Projet de recherche du G.I.S. Réseau Amérique latine (F. Dureau coord.). Paris. Citación provisional.
- BOURDIEU, Pierre (1979) La distinction. Critique sociale du jugement, Minuit. Paris.
- BOURDIEU, P. (1980) Le Sens pratique, Minuit. Paris.
- BOURDIEU, P. (1989) La Noblesse d'État. Grandes écoles et esprit de corps, Minuit. Paris.
- BOURDIEU, P. (1998A) Cuestiones Prácticas, Anagrama, Barcelona.
- BOURDIEU, P. (1998B) La domination masculine, Seuil, Paris.
- BOURDIEU, P. (2001) Langage et pouvoir symbolique, Éditions Fayard, Paris.
- BOURDIEU, P. y Wacquant, Lóic (2001) Las argucias de la razón imperialista, Paidós, Barcelona.
- BROWNER, Carole y LEWIN, Ellen (1982) “Female altruism reconsidered: the Virgin Mary as economic woman”, en American Ethnologist, vol. 9 no. 1: 61-75.
- BUTLER, Judith (2000) “El marxismo y lo meramente cultural”, en New Left Review [edición castellana] no.2: 109-121, Akal, Madrid.
- BUTLER, Judith (2001) Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción, Ediciones Cátedra, Universitat de Valencia, Instituto de la Mujer, Madrid.
- CABIN, Philippe (2002) “Dans les coulisses de la domination”, en Sciences Humaines Numéro spécial: L'œuvre de Pierre Bourdieu. Paris pp. 28–35.
- CASTELLS, Manuel (1972) La question urbaine, Maspero, Paris.
- CASTRO, Raúl (1999) “Un día de partido. Comunidades sentimentales y rituales violentos en la Trincherá Norte”. En Juventud: sociedad y cultura. Editores: Aldo Panfichi y Marcel Valcárcel. Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico e IEP (Instituto de Estudios Peruanos), Lima: 173-222.

CHARTIER, Roger (1994), avant-propos à Sport et civilisation. La violence maîtrisée. N. Elias et E. Dunning, Éditions Fayard, Paris, pp. 22-23.

CORCUFF, Philippe (1999) “Le collectif au défi du singulier: en partant de l’habitus”, en Le travail sociologique de Pierre Bourdieu: dettes et critiques, sous la direction de B. LAHIRE, Ed. La Découverte, Paris. pp. 95–120.

CHAUMIER, Serge (2001) “La fission amoureuse, un nouvel art d’aimer”, en Être soi parmi les autres. Famille et individualisation. Tome 1. Sous la direction de François de Singly. L’Harmattan, Logiques Sociales, Paris, pp. 41-54.

DOMÍNGUEZ, Marta (1999) “A gendered analysis of gangs in Siloe”, Disertación de tesis de Maestría en la London School of Economics and Political Science, London, pp. 35.

DUBET, François (1987) La Galère : Jeunes en Survie. Fayard, Paris.

DURET, Pascal (1996) Anthropologie de la fraternité dans las cités, PUF, Paris.

ELIAS, Norbert (1982) Sociología fundamental, Gedisa, Barcelona.

ELIAS, N.(1991) La Société des individus, Fayard, Paris.

ELIAS, N. y SCOTSON, John (1997) Logiques de L’exclusion. Fayard, Paris.

ESPINOZA, Atilio (1999) “Mi barrio es zona *crema*: territorialidad y conflicto en un grupo barrial de la Trinchera Norte”. En Juventud: sociedad y cultura. Editores: Aldo Panfichi y Marcel Valcárcel. Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico e IEP (Instituto de Estudios Peruanos), Lima: 223-268.

FASSIN, Didier (1996) “*Marginalidad et marginados*. La construction de la pauvreté urbaine en Amérique latine”, en L’exclusion. L’état des savoirs, sous la direction de S. Paugam, Éditions La Découverte, Paris, pp. 263-271.

FLÓREZ, Carmen Elisa (2000) Las transformaciones sociodemográficas en Colombia durante el siglo XX. Banco de La República y T.M. Editores, Bogotá.

FRASER, Nancy (2000) “Heterosexismo, falta de reconocimiento y capitalismo: una respuesta a J. Butler”, en New Left Review [ed. castellana] no. 2: 123-134, Akal, Madrid.

FULLER, Norma (1997) Identidades masculinas. Varones de clase media en el Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

FULLER, N. (2001) Masculinidades: cambios y permanencias, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

GAY, Peter (1992) La experiencia burguesa, Fondo de Cultura Económica, México.

- GENDROT, Sophie (1994) Ville et Violence. Presses Universitaires de France, Paris.
- GIDDENS, Anthony (1992) The Transformation of Intimacy: Sexuality, Love and Eroticism in Modern Societies, Cambridge, Polity Press.
- GOFFMAN, Erving (1959) The Presentation of Self in Everyday Life, Anchor Books, Garden City, NY.
- GOFFMAN, E. (1974) Frame Analysis: An essay on the organization of experience, Harvard University Press, Cambridge, Mass
- GRAFMEYER, Yves (1996) “La ségrégation spatiale”, en L'exclusion. L'état des savoirs, sous la direction de S. Paugam, Éditions La Découverte, Paris, pp. 209-217.
- GUTIÉRREZ DE PINEDA, Virginia y PINEDA GIRALDO, Roberto (1999) Miscegenación y cultura en la Colombia colonial, 1750-1810, Colciencias/Universidad de los Andes, Bogotá.
- HÉRITIER, Françoise (1996) Masculino/femenino. El pensamiento de la diferencia, Ariel, Barcelona.
- LABBENS, Jean (1996) “Le quart monde des cités d'urgence”, en L'exclusion. L'état des savoirs, sous la direction de S. Paugam, Éditions La Découverte, Paris, pp. 228-235.
- LAGRANGE, Hughes (1995) La Civilité a l'épreuve : crime et sentiment d'inécurité. Presses Universitaires de France, Paris.
- LAHIRE, Bernard (1999) “De la théorie de l'habitus à une sociologie psychologique”, en Le travail sociologique de Pierre Bourdieu: dettes et critiques, sous la direction de Bernard Lahire; Éditions La Découverte, Paris, pp 121–152.
- LAHIRE, Bernard (2001, 1998) L'homme pluriel. Les ressorts de l'action. Nathan, Paris.
- LANDESCO, J., (1979, 1929) Organized crime in Chicago, Part III of the Illinois Crime Survey 1929, Chicago, Illinois Association for Criminal Justice, pp. 815–1100.
- LIPOVETSKY, Gilles (1997) La tercera mujer, Anagrama. Barcelona.
- MACFARLANE, Alan (1993) La cultura del capitalismo, Fondo de Cultura Económica, México.
- MALDONADO, María Cristina (2001) “Paternidad en Cali” (informe final de investigación), Universidad del Valle, Cali, pp.110.
- MENNELL, Stephen (1997) “L'envers de la médaille : les processus de décivilisation”, en Norbert Elias : La politique et l'histoire, sous la direction de Alain Garrigou et Bernard Lacroix. La Découverte, Paris, pp. 213-236.

MERLIN, Pierre (1998) Les banlieues des villes françaises. La Documentation Française, Paris.

OBERTI, Marco (1996) “La relégation urbaine, regards européens”, en L'exclusion. L'état des savoirs, sous la direction de S. Paugam, Éditions La Découverte, Paris, pp. 237-247.

PAUGAM, Serge (1996), L'exclusion. L'état des savoirs. Éditions La Découverte, Paris.

RATCLIFFE, Peter (1999) “Housing inequality and ‘race’: some critical reflections on the concept of ‘social exclusion’”, en Ethnic and Racial Studies 22 [1], Routledge, London, pp.1-22

RECKLESS, W. C. (1969, 1933) Vice in Chicago. Chicago, University of Chicago Press, 2 ed. Montclair, NJ, Patterson Smith.

REYES NOVAES, Regina (1997) “Juventudes Cariocas: mediações, conflitos e encontros culturais”. En Galeras Cariocas. Territórios de conflitos e encontros culturais. Organização: Hermano Vianna. Editora UFRJ. Rio de Janeiro: 119-160.

RUBIN, Gayle (1986) “El tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo”, en Nueva Antropología, Vol.VIII No.30, México, pp. 95-145.

SANSONE, Livio (1994) “Couleur, classe et modernité à travers deux lieux bahianais”, en Cahiers des Amériques Latines 17, Paris, pp.85-107.

SANTOS, Martín (1999) “Vergüenza y conflicto en grupos de pandilleros de un barrio popular de Lima”. En Juventud: sociedad y cultura. Editores: Aldo Panfichi y Marcel Valcárcel. Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico e IEP (Instituto de Estudios Peruanos), Lima: 273-315.

SEGALEN, Martine (1986) “La révolution industrielle: du prolétaire au bourgeois”, en Vol.3 Histoire de la famille.Le choc des modernités. Sous la direction de A. Burguière, Ch. Klapisch-Zuber, M. Segalen, F. Zonabend. Armand Colin, Paris, pp. 487-532.

SEGALEN, M. (1993) Sociologie de la Famille, Armand Colin. Paris.

SEVILLA, Elías (2000) Informe científico del proyecto ‘Razón y Sexualidad’ (Fase II), Documento de Trabajo no. 47, Cidse, Universidad del Valle, Cali.

SHAW, C.R. (1966 1930) The Jack-Roller: A Delinquent boy’s Own Story, Chicago, University of Chicago Press.

SHAW, C.R., McKAY H. et all (1969 1942) Delinquency Areas, Chicago, University of Chicago Press.

SHORTER, Edward (1977 1975) Naissance de la famille moderne. Éditions du Seuil, Paris.

SOUTO, Jane (1997) “Os Outros Lados do *Funk Carioca*”. En Galeras Cariocas. Territórios de conflitos e encontros culturais. Organização: Hermano Vianna. Editora UFRJ. Rio de Janeiro: 59-93.

TRASHER, F.M. (1963 1927) The Gang. A study of 1313 gang in Chicago, Chicago, University of Chicago Press.

URREA, F. y QUINTIN, P. (2000) “Jóvenes negros de barriadas populares en Cali: entre masculinidades hegemónicas y marginales”, F. Chagas/Cidse-Univalle, Cali, 291 páginas.

URREA, Fernando.; RAMÍREZ, Hector Fabio; VIÁFARA, Carlos (2001) “Perfiles sociodemográficos de la población afrocolombiana en contextos urbano-regionales de Colombia a comienzos del siglo XXI”, pp. 49. Ponencia presentada en la celebración de los 25 Años del CIDSE (Centro de Investigación y Documentación Socioeconómica, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle), noviembre del 2001, Cali.

VARENNE, Hervé (1986) “Love and Liberty. La famille américaine contemporaine”, en Vol.3 Histoire de la famille. Le choc des modernités. Sous la direction de A. Burguière, Ch. Klapisch-Zuber, M. Segalen, F. Zonabend. Armand Colin, Paris : 533-562.

VIVEROS, Mara; CAÑÓN D., William [1997] “Pa’Bravo... yo soy candela, palo y piedra. Los Quibdoseños”, en Masculinidad/es. Poder y Crisis, Ediciones de las mujeres No.24, Teresa Valdés y José Olavarría (eds), Santiago, Chile, pp.125-138.

VIVEROS V., Mara [2000A] “Dionisios Negros: Sexualidad, corporalidad y orden racial en Colombia”, en M.B. Figueroa y P.E. San Miguel (eds.) ¿Mestizo yo?, CES-Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, pp. 95-130.

VIVEROS V., M. [2000B] “Paternidades y masculinidades en el contexto colombiano contemporáneo, perspectivas teóricas y analíticas”, en N. Fuller (editora) Paternidades en América Latina, PUCP, Lima, pp.91-127.

WACQUANT, Loïc (1996) “L’*underclass* urbaine dans l’imaginaire social et scientifique américain”, en L’exclusion. L’état des savoirs, sous la direction de S. Paugam, Éditions La Découverte, Paris, pp. 248-262.

WADE, Peter (1997) Gente Negra, Nación Mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia, Editorial Universidad de Antioquia/Instituto Colombiano de Antropología/Siglo del Hombre Editores/Ediciones Uniandes, Bogotá.

WHYTE, William F. (1955 1943) Street Corner Society. The Social Structure of an Italian Slum, University of Chicago Press, Chicago..

WIEVIORKA, Michel (1998) Le racisme, une introduction, La Découverte/Poche, Paris.

WILLIAMS, Raymond (1991) “Base and Superstructure in Marxist Cultural Theory”, en Rethinking popular culture, edited by Chandra Mukerji and Michael Schudson, University of California Press, Berkeley, pp. 407-423.

ZALUAR, Alba (1997) “Gangues, Galeras e Quadrilhas: globalização, juventude e violencia”. En Galeras Cariocas. Territorios de conflitos e encontros culturais. Organização: Hermano Vianna. Editora UFRJ. Rio de Janeiro: 17-57.